

Sobre polisemia y homonimia infantiles

Margit Frenk

Las presentes anotaciones se basan en la observación sistemática del desarrollo lingüístico de un niño mexicano: mi hijo Claudio, nacido el 15 de julio de 1962.¹ Claudio se ha criado en un ambiente monolingüe; tiene dos hermanos mayores, que le llevan, respectivamente, siete y nueve años.

La evolución lingüística de Claudio ha sido más bien lenta. Hasta el momento en que se realizó este trabajo, o sea, cuando él tenía tres años y dos meses,² se habían observado en esa evolución cuatro etapas, cuyos comienzos están marcados por un repentino enriquecimiento del sistema fonológico, del léxico y —a partir de la tercera— de la sintaxis:

1ª etapa: 1: 3—1: 9 (asimilación de 53 palabras del habla adulta)

2ª etapa: 1: 9—2: 1 (127 palabras adultas; sintaxis incipiente)

3ª etapa: 2: 2—2: 9 (aproximadamente 320 palabras adultas)

4ª etapa: 2: 10—3: 2 (aún no se ha hecho el recuento del léxico).³

1. POLIMORFISMO Y SINONIMIA; POLISEMIA Y HOMONIMIA

1.1 Uno de los factores básicos en el habla infantil de las primeras etapas es la *economía*. En su lucha por apropiarse el instrumento de la lengua, cada palabra

adquirida significa una conquista. El niño se aferra a ella y la explota al máximo. Conoce muchos objetos y ha registrado en su mente gran número de palabras del habla adulta; pero su vocabulario es reducido. Y esas pocas palabras deben rendir lo más posible: por una parte, el niño las aplica muchas veces, no sólo al concepto contenido en la palabra adulta correspondiente, sino a otros conceptos emparentados con él; por otra, suele usar una misma forma para conceptos disímiles. De ahí la proliferación de la polisemia y de la homonimia.

1.2 La necesidad misma de economía nos revela, a priori, que en el habla infantil no hay muchos sinónimos, en el sentido habitual de la palabra: generalmente el niño no puede darse el lujo de tener dos significantes diferenciados para un solo significado. Con todo, la sinonimia no está totalmente ausente del habla de Claudio; se produce las más veces por un fenómeno específico: la convivencia, durante un periodo limitado, de una forma «vieja» con otra «nueva». Así, [kóka] ‘rueda’ convive durante tres meses (3:0–3:2) con sus sustitutos [xwéya] y [yánta⁴], que a su vez son sinónimos de otro tipo; [lɔ, ólɔ] siguen designando a *Rodolfo* junto a [φοφόφο] durante quince días (2:8); en 3:0 el *coche* suele llamarse todavía [tutú] y también ya [kóste].

1.21 Evidentemente las palabras viejas y las nuevas tienen para Claudio connotaciones distintas, difíciles de precisar. De un modo general se podría decir que la palabra vieja tiene un halo afectivo, que es precisamente el que la mantiene viva junto a su rival: el niño siente que es *su* palabra, frente a la otra, que la comunidad le ha impuesto.

La diferencia es muy palpable en ciertos imperativos-interjecciones: tres meses después de aparecer [míya] ‘¡mira!’ (3:0), Claudio sigue usando su forma

primitiva [i:] cada vez que expresa impetuosamente su admiración: es la expresión más espontánea. Cuando desea mucho que le abran la puerta o que se sienten junto a él dice en 2:10 [ax] y no [abe], [xe] y no [séntete]. Otra diferenciación, psicológicamente más compleja, es la que existe entre las designaciones de Claudio para sí mismo: [mi] y [yo] son prácticamente equivalentes, y la segunda sustituye a la primera después de un mes de rivalidad; pero [néne], que es la forma originaria, vive pacíficamente al lado de las otras durante casi un año, con una connotación distinta.⁵

1.22 Es decir, que estos sinónimos infantiles, como la mayoría de los del habla adulta, no son totalmente equivalentes. Por lo demás, saltan a la vista las diferencias entre la sinonimia del niño y la del adulto. De un lado, la escasez de aquella frente a la proliferación de ésta. Del otro, su origen mismo; los sinónimos del habla normal proceden en general de fuentes heterogéneas y no son producto de una evolución ni de la adaptación progresiva a un modelo. Sólo unas cuantas parejas de sinónimos de Claudio escapan a esta regla y se asemejan a ciertas sinonimias adultas: *poco* y *chiquito* para 'poco' y sus correlativas *mucho-grande* 'mucho': «¿me ensució un poco? ¿chiquito?» pregunta en 2:11, y, el mismo día, cuando le digo que llore un poco nada más, exclama: «¡no!, ¡grande!». A la vez usa *grande* y *chiquito* para denotar tamaño; estas palabras han sufrido, pues, una transferencia, muy explicable, de la noción de tamaño a la de cantidad. Otro ejemplo es el ya mencionado de *rueda-llanta*, cuya diferenciación semántica no alcanza a percibir y que usa indistintamente.

1.3 Exceptuando estos cuantos casos, las sinonimias de Claudio son una consecuencia del polimorfismo, frecuentísimo en el habla infantil. Como toda

lengua en estado de intensa evolución, el habla del niño, vista diacrónicamente, es una rápida sucesión de sistemas diferentes. Estos sistemas no se eslabonan como cuentas en un collar, sino que se superponen (no O-O-O sino OOOO, aunque este esquema prescinde del aumento cuantitativo), de tal manera que cada fase contiene elementos del sistema anterior. Lo que ocurre en el conjunto sucede también frecuentemente en las palabras individuales: en un mismo momento coexisten formas diferentes, correspondientes a dos (o más) etapas. Pero además la forma adoptada por una palabra en una etapa suele realizarse fonéticamente de maneras variadas, debido a la inestabilidad articulatoria (en las primeras etapas), a la captación y realización indeferenciada de muchos fonemas del habla adulta y a las atracciones que unas palabras ejercen sobre otras (cf. 3.5).

Si estudiamos la historia de *mano* en Claudio, vemos que al aparecer la palabra, en 1:10, adopta formas como [máme, má^om, má^omne]. En 1:11, al hacerse más «españolas» las vocales, aparecen [memná] y [mamná]. Esta última, apoyada por varios homónimos (cf. *infra*, ejemplos 58, 60, 64), se impone por una temporada. En 2:2, nuevo cambio y nuevas fluctuaciones: [mamá, mɫamlá, mlamlá] y aun [mla]. Otra vez se impone una de las formas –[mlamlá]–, que es sustituida en 2:8 por [mláno], y ésta a su vez por la forma definitiva [máno].

¿Cuáles de estas formas constituyen meras variantes fonéticas y cuáles *palabras* distintas? ¿Dónde acaba el polimorfismo y comienza la sinonimia? Por simple conveniencia metodológica podemos decidir –como lo hemos hecho aquí– que los sinónimos son, igual que en el habla adulta, palabras de distinta configuración fonética, y limitar el término de *polimorfismo*, o más precisamente,

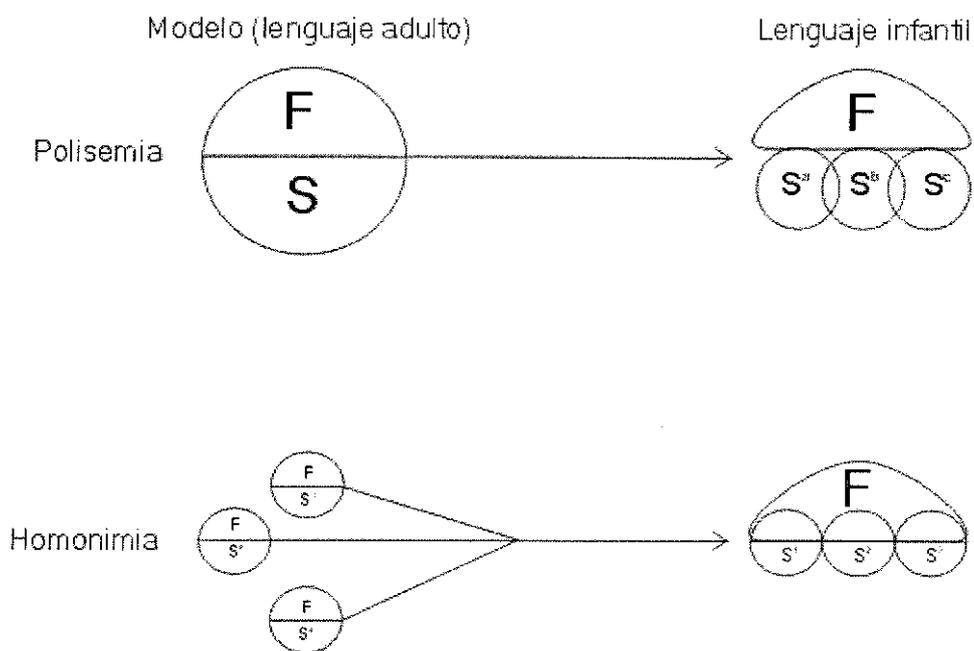
de polimorfismo fonético, a los casos en que —como en *mano*—el significante mantiene de algún modo la continuidad del modelo.⁶

Este último tipo es muy frecuente. El otro, como no podía menos de ser, muy raro: no es normal que en la evolución de una palabra cambie totalmente el significante. Y si esto ocurre, las dos etapas no tienen por qué coincidir en el tiempo; de ahí la escasez de «sinónimos», frente a la abundancia de palabras fonéticamente polimorfas. Ambos fenómenos, a pesar de su apariencia, no son en el fondo sino dos aspectos de un mismo proceso.

1.4 Pasemos ahora a ver dos facetas semánticas de la palabra infantil: la polisemia y la homonimia (homofonía), que en seguida analizaremos por separado. Frente a la identidad básica del polimorfismo fonético y la sinonimia infantiles, la polisemia y la homonimia, aunque análogas en apariencia, son en el niño dos procesos distintos. Lo son también en el habla adulta, puesto que la polisemia es la variedad de significados de una palabra, mientras que la homonimia es una coincidencia formal entre dos o más palabras de distinto significado. Pero en el lenguaje adulto, fenómeno colectivo e histórico, los límites entre ambas suelen fluctuar,⁷ mientras que en el lenguaje infantil los dos hechos se separan casi siempre con nitidez.

1.41 La polisemia infantil surge cuando el niño aplica una palabra a conceptos que siente emparentados de algún modo con el sentido de la palabra adulta (y que no están contenidos en ésta): [ú:m:o] 'humo' puede llegar a designar además el cigarro, la ceniza y el cenicero. La homonimia infantil ocurre cuando convergen en una forma única las versiones infantiles de palabras adultas diferentes, cuyos contenidos mantiene el niño bien separados: *lado* y *raro* pueden

dar independientemente [yáyo]. Esa radical separación de significados dentro de la mente infantil es la que diferencia la homonimia de la polisemia.⁸ Son dos procesos lingüísticos y psicológicos distintos: por una parte, el niño aprovecha al máximo un mismo molde fónico, ensanchando el radio de acción semántico del correspondiente signo adulto (polisemia); por otra, la limitación de su repertorio fonológico hace que varias palabras adultas, que el niño distingue entre sí, se realicen de la misma manera, sin por eso confundirse. Podríamos representarlo así:



1.42 Como puede verse, estamos partiendo, para el conocimiento de la polisemia y de la homonimia infantiles, de una comparación con el lenguaje adulto, que actúa de modelo, y no tenemos, por desgracia, otra posibilidad de acercarnos a ellas. En el caso de la homonimia, este método no plantea mayores problemas: conociendo el sistema fonológico de un niño en un momento dado, podemos

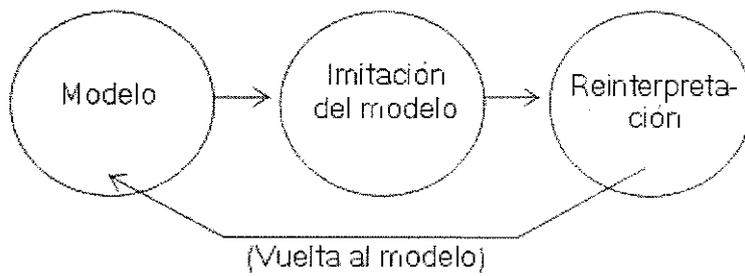
constatar que *lado* y *raro* tenían que desembocar ambas en [yáyo], y observando de cerca su uso de esta forma, comprobaremos fácilmente que se trata para él de *dos* signos distintos: [yáyo] 'lado' y [yáyo] 'raro'. (También en los casos más complejos, de lo que llamo «homonimia por atracción» –cf. 3.5--una observación detenida permite establecer los hechos con bastante seguridad). Para indagar la polisemia, en cambio, nos tropezamos con una grave dificultad: el mundo de conceptos del niño, su visión y clasificación de la realidad, no son los de un adulto. ¿Cómo son? ¿Cómo saber qué contenido semántico confiere a la palabra *humo* cuando la oye y la imita? Puede concebir, por ejemplo, que el humo forma un solo cuerpo con el cigarro y que la ceniza del cigarro *es* el cigarro, con lo cual su forma [úm:o] designaría una sola realidad indivisible e indeferenciada, y no habría *desde el punto de vista del niño* polisemia alguna: sólo la habría desde nuestro punto de vista.

Hay, en efecto, casos en que evidentemente el ámbito semántico de la palabra adulta no se precisa en la mente del niño; entonces su propia palabra tiene desde un principio una amplitud que la hace aparecer falsamente a los ojos del adulto como un caso de polisemia. Cuando Claudio oyó por primera vez y aprendió la palabra *cubo*, parece no haberse dado cuenta de que la aplicábamos sólo a las figuritas de forma cúbica con las que él estaba jugando. El hecho es que en seguida la aplicó a todos los juguetes que no tenían la forma de un objeto real, ya fueran figuras geométricas, ya figuras de forma indeterminada. *Cubo* se convirtió para él en una «archi-lexía»; no es un caso de polisemia como no lo es, en el habla adulta, *árbol*, que abarca toda clase de especies, tamaños, formas y colores distintos.⁹

¿Pero hemos de suponer que todos los casos que, desde nuestro punto de vista, nos parecen polisémicos en el lenguaje de un niño, *no* lo son desde el punto de vista de él? Creo que esa conclusión sería falsa y que la polisemia infantil es un hecho. El niño aplica efectivamente una palabra a contenidos distintos de los que intuye en su modelo y de los que él mismo le ha dado en un principio a esa palabra; es decir, la aprovecha, como ya hemos dicho arriba, para otros usos, para nuevas necesidades. El problema está sólo en nuestra imposibilidad de auscultar de una manera segura esos cambios semánticos y en la necesidad de «medirlos» con un metro inadecuado (el lenguaje adulto). Creo, sin embargo, que la observación minuciosa y, en cierta medida, la intuición permiten compensar de algún modo esa deficiencia básica. Podremos equivocarnos en la interpretación de determinados ejemplos (aun cuando nos concretemos a los aparentemente más claros), pero confío en que, de un modo general, los resultados no andarán demasiado lejos de la verdad.

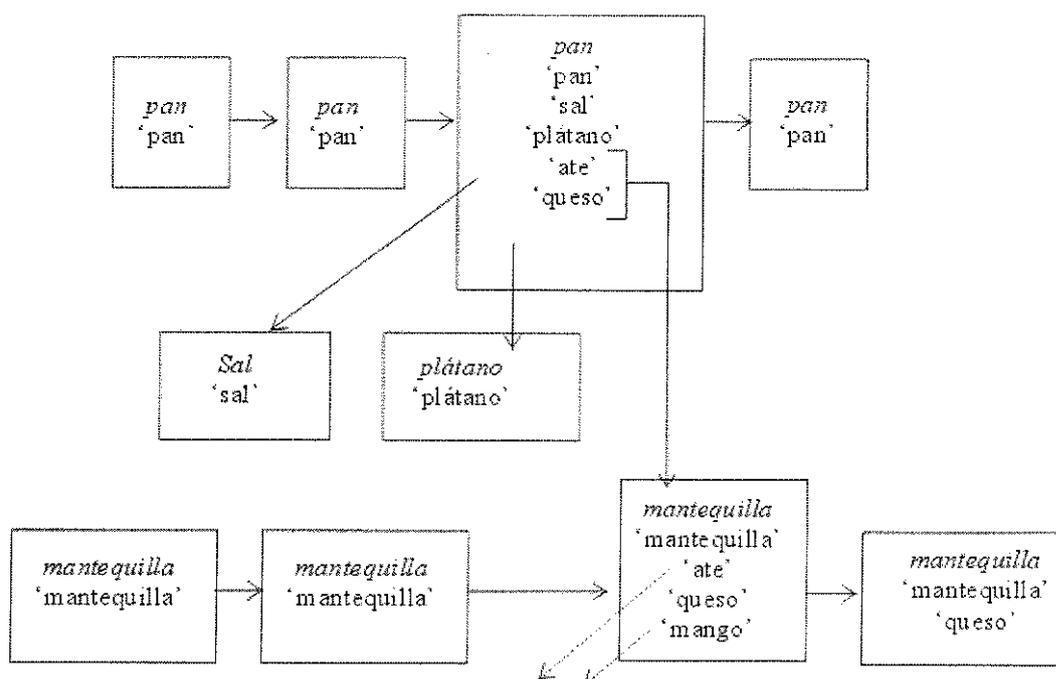
2. POLISEMIA

2.1 En la polisemia infantil se ve muy claramente un hecho que resalta también en otros aspectos del habla de los niños: que no todo en ella es *imitación*; que el niño parte del habla adulta, pero luego se forma, a base de los elementos aprendidos, su propio sistema. Este perdura cierto tiempo, hasta que una nueva oleada de imitación del modelo lo anula y sustituye. Gráficamente el proceso puede representarse así:



He aquí un ejemplo: la palabra de Claudio para 'pan', surgida en 1:7, sólo parece aplicarse en un principio al pan. Mes y medio después de su aparición constatamos que [pa] designa además: 'sal', 'queso', 'ate'¹⁰, 'plátano'. En ese momento el modelo —las palabras adultas *sal*, *queso*, etc., el sentido limitado de *pan*—parecen no existir para el niño. Un mes después se abren nuevamente sus oídos, y encontramos [pa] limitado a 'pan'; 'sal' y luego 'plátano' encuentran cada una su forma propia ([xa], [pla]); 'queso' y 'ate' quedan dos meses huérfanos de significante, hasta que se asocian, junto con 'mango', a la palabra para 'mantequilla', [mamná], la cual sufre así, a su vez, una ampliación de sentido. Es decir:¹¹

(Ejemplos 1 y 2)



El desenlace de la polisemia de *mantequilla* es también interesante: 'ate', abandona el campo y desaparece durante medio año; 'mango', que deja de ser fruta de temporada, se pierde, al parecer completamente, durante ocho meses. En cambio, el queso, que primero se había asociado a *pan*, sufre una influencia tan poderosa de su nuevo ropaje, que el niño parece confundirlo *realmente* con la mantequilla: durante ocho meses enteros no sólo es igual la palabra para 'mantequilla' y 'queso', sino que notamos cada mañana que Claudio no establece diferencia entre ambos.

2.2 Analizando en su conjunto los casos de probable polisemia observados en Claudio, y guiándonos siempre por la inevitable comparación con el lenguaje adulto, encontramos diversos tipos¹²:

A. Una designación agrupa varios conceptos pertenecientes a un mismo campo semántico del habla adulta. Es lo que ocurre con los dos ejemplos arriba citados: *pan* 'pan, sal, plátano, ate, queso', y *mantequilla* 'mantequilla, ate, queso, mango'.

B. Una designación se refiere: 1) a dos objetos emparentados (*pluma-lápiz; cuchillo-tenedor*) o 2) a dos variedades de un mismo objeto o acción (*chancla¹³-zapato; da-ten*).

C. La designación de un objeto o acción llega a abarcar otros del mismo contorno o *entourage*: *dormir-almohada; humo-cigarro-ceniza-cenicero; pie-zapato*. Se podrían establecer en este grupo relaciones más precisas (por ejemplo, de contenido a continente en *pie-zapato*), pero se correría aún más el riesgo de falsear el proceso mental del niño.

D. Ampliación por analogía (metáfora): *globo de goma-lámpara en forma de globo; arriba-llenar un vaso*.

2.3 En todos los casos el proceso del cambio semántico parece ser básicamente el mismo señalado arriba: la palabra comienza por tener un solo sentido, que corresponde al de su modelo y al cual se limita por un periodo de variable extensión; después se amplía, añadiendo a su significación original uno o más sentidos nuevos, que mantiene por un tiempo mayor o menor. El paso siguiente es un retorno a la limitación semántica originaria (salvo en el caso de *mango*, donde la palabra desaparece por completo), mientras los significados añadidos encuentran expresión en nuevas palabras o quedan momentáneamente sin significante. Por supuesto esta interpretación, que en su lineamiento general

coincide con la de Marcel Cohen (cf. nota 8), está sujeta a revisión, por las razones apuntadas arriba.

Tipos y ejemplos de polisemia¹⁴

Tipo	Ej. n°	Palabra	1ª acepción (pal. base)	Ampliación del significado	Reducción del significado	Destino de los otros significados
A	1	<i>pan</i>	'pan' (1: 7-8)	'pan, sal, queso, ate, plátano' (1: 9)	'pan' (1: 10-)	'ate, queso': Ø; <i>sal, plátano</i> (1: 10-)
	2	<i>mantequilla</i>	'mantequilla' (1:10-11)	'mantequilla, queso, ate, mango' (2: 0)	'mantequilla, queso' (2: 1-8)	'ate, mango': Ø <i>queso</i> (2: 9-)
	3	<i>agua</i>	'agua' (1: 7-8)	'agua, leche, cualquier líquido, salvo jugo' (1: 9-10)	'agua' (1: 11-)	<i>leche</i> (1: 11-)
	4	<i>papá</i>	'papá' (1: 9-11)	'papá; hombre' (2: 0-6)	'papá' (2:11-)	<i>señor</i> (2: 11-)
B 1	5	<i>pluma</i>	'pluma' (2: 0)	'pluma, lápiz' (2:0-6)	'pluma' (2: 6-)	<i>lápiz</i> (2: 6-)
	6	<i>cuchillo</i>	'cuchillo' (2: 0-1)	'cuchillo, tenedor' (2: 2-3: 2)	'cuchillo' (3: 2-)	<i>tenedor</i> (3: 2-)
	7	<i>manga</i>	'manga' (2: 8-11)	'manga, tirante' (3: 0-)	Ø	Ø
B 2	8	<i>chancla</i>	'pantufila' (2: 2)	'pantufila, zapato' (2: 2-6)	Ø	<i>zapato</i> (2: 7-)
	9	<i>taco</i> ¹⁵	'taco' (2: 0-6)	'taco, tortilla' (2: 7-3: 0)	'taco' (3: 1-)	<i>tortilla</i> (3: 1-)
	10	<i>¡da!</i>	'¡da!' (1: 9)	'¡da!, ¡ten!' (1: 10)	'¡da!' (1: 11-)	<i>¡ten!</i> (1: 11-)
C	11	<i>dormir</i>	'dormir' (1: 7-11)	'dormir, almohada' (2: 0-1)	'dormir' (2: 2-)	<i>almohada</i> (2: 2-)
	12	<i>pipí</i>	'pene' (1: 7)	'pene, orina, asiento de excusado' (1: 7-?)	'pene, orina' (?-)	'asiento...': Ø
	13	<i>humo</i>	'humo' (1: 8-10)	'humo, cigarro, ceniza, cenicero' (1: 10-11)	'humo' (2: 0-)	'cigarro, ceniza, cenicero': Ø
	14	<i>pie</i>	'pie' (1: 6)	'pie, zapato' (1: 7-2: 1)	'pie' (2: 2-)	<i>chancla</i> (cf. ej. 8) (<i>luz</i> , 1: 7-)
D	15	<i>globo</i>	'globo de goma' (1: 7)	'globo de goma, lámpara' (1: 7)	'globo' (1: 7-)	
	16	<i>arriba</i>	'arriba' (2: 7-9)	'arriba, llenar un vaso' (2: 10-3: 0)	'arriba' (3: 0-)	<i>lleno</i> (3: 0-)
	17	<i>cerrar</i>	'cerrar' (2: 10)	'cerrar, tapar, enrollar, etc.'	'cerrar' (3: 0-)	'tapar, enrollar, etc.': Ø

2.4 En el lenguaje adulto la polisemia de una palabra es resultado de un proceso histórico y es también un fenómeno social. Los significados se van diversificando por los múltiples usos de la palabra a través del tiempo y del espacio, por sus transferencias de un campo semántico a otro, sus empleos especializados, sus aplicaciones metafóricas, etc.¹⁶. Los diversos sentidos de una palabra constan en el diccionario: son bien común; son, en última instancia, cuestión de *normas*. En el lenguaje infantil la polisemia es un fenómeno individual, fenómeno de *idiolecto*; y tiene, por supuesto, un carácter infinitamente más efímero que en el lenguaje adulto.

3. HOMONIMIA

3.1 Decíamos antes que en el habla infantil la homonimia se separa de manera bastante tajante de la polisemia. Hay sólo unos cuantos casos dudosos entre los arriba examinados: en el ejemplo 1, [pa] 'plátano' pudo haber surgido independientemente de [pa] 'pan', en cuyo caso sería homónimo suyo (y no un nuevo sentido —por ampliación polisémica— de [pa] 'pan'). Del mismo modo, es concebible que las palabras adultas *mango* (ejemplo 2) y *lápiz* (ejemplo 5) surgieran en el habla de Claudio como [mamná] y [pla] respectivamente, con lo cual serían también homónimos, uno, de [mamná] 'mantequilla' y el otro de [pla] 'pluma'. Con todo, creo más probable que se trate de casos de polisemia, aunque las circunstancias fonéticas pueden haber desempeñado un papel en ellos.

3.2 Fuera de estos pocos casos, los ejemplos de polisemia son claros: ninguna semejanza fonética hay entre *agua* y *leche* (3), *papá* y *señor* (4), *tenedor* y *cuchillo* (6). Y los casos de homonimia son también inequívocos en su mayoría. La homonimia es, en el niño estudiado (y posiblemente en todos los niños pequeños), mucho más frecuente que la polisemia, en contraste con lo que ocurre en el habla adulta, donde «la polisemia está incomparablemente más esparcida que la homonimia» (Ullman, 1965: 204). Y el hecho se explica por sí solo. La abundante convergencia de varias palabras adultas en una forma infantil se debe ante todo al hecho de que el sistema fonológico del niño pequeño, o, mejor dicho, sus sucesivos sistemas fonológicos, son más reducidos que el del habla normal: varios fonemas se funden en uno solo, y los grupos vocálicos y consonánticos tienden a presentarse simplificados. A ellos se añaden, como factores complementarios, las abundantes asimilaciones, las metátesis, las aféresis, las contracciones, etc. Así, pueden confluír en una sola forma infantil expresiones adultas fonéticamente muy divergentes como *techo* y *cierto* ([sétó]), *conejo* y *jardinero* ([nenéxo]), *lo mordió* y *me mojó* ([e moxó]), y aun palabras de sentidos opuestos --que pueden no serlo para el niño--, como *vete* y *vente*.

3.3 El origen de estos homónimos es igual al de la mayoría de los homónimos del habla adulta. Se trata allá como aquí de una convergencia fonética, con la única diferencia de que en el habla normal esa convergencia es, en general, producto de una evolución de siglos, mientras que en el habla infantil se trata de un fenómeno momentáneo, debido a una interpretación *sui generis* del modelo.

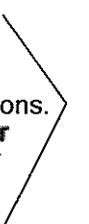
Por otra parte, este tipo de homonimia no es el único que encontramos en el lenguaje infantil. Hay otro tipo, mucho más interesante, por cuanto parece ser

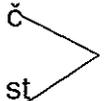
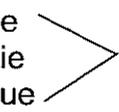
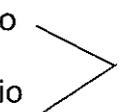
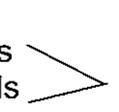
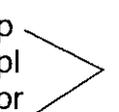
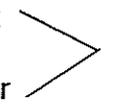
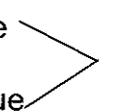
exclusivo del lenguaje de los niños y entraña procesos más complejos. Lo he llamado «homonimia por atracción». De ella me ocuparé al final de este trabajo. Baste decir por ahora que estos homónimos surgen por la influencia que una palabra infantil ejerce sobre otras análogas, a las cuales atrae a su órbita.

3.4 Homonimia por convergencia fonética

3.4.1 Prescindiendo de los homónimos del habla adulta que Claudio ha asimilado a su repertorio léxico (*como*, verbo y *como*, partícula conjuntiva; *clara* de huevo y *Clara*, nombre propio), los casos reunidos pueden clasificarse en siete grupos, según la motivación fonológica que causa las homonimias.¹⁷

Motivación fonológica		Palabras adultas (modelos)				Palabras infantiles		
Fonemas adultos	Fonemas infantiles	Sust.	Adj.	Verbo	Otros			
I	k >	K	(18) casa taza				[kása] 2: 8- « 2: 9-	
	k > p > b >		P [p b]	(19) cuarto barco	cuatro			[páko, báko] 2: 9- « « 2: 9- « « 2: 10-
II		P [p, b, ð, v]	(20) bata pata				[páta, báta] 2: 7-9 « « 2: 8-	
			(21) vaso paso		paso		[báso, ðáso, váso, páso] 2: 10- « « « « 2: 11- « « « « 3: 0-	
	p > b > m >		P [p, b, ð, v]	(22) moco	poco			[póko, bóko, móko] 2: 10- « 2: 10
			(23) Beto		meto			[béto, ðéto, péto] 2: 7-10 « « « 3: 10-
			(24) paté		meter metí			[peté, beté, ðeté] 2: 8-3: 0 [peté] 2: 8-3: 0 « 2: 9-
			(25)		i vete! ¡vente! ¡mete!			[béte, péte] 2: 6-8 « « 2: 8 [péte] 2: 8-10
	b > m >	M	(26) jamón jabón				[xamóm] [xamón] 2: 10- « « 2: 11-	

III	<p>d</p>  <p>r r̄ l y g</p>	Y	<p>(27) payaso pedazo</p> <p>(28) lado</p> <p>(29)</p> <p>(30) pera</p> <p>(31)</p>	<p>raro</p> <p>cerrada salada</p> <p>¡pela! ¡pega!</p> <p>regué llegué</p>		<p>[payáso] 3: 1– « 3: 2–</p> <p>[yáyo] 2: 11–3: 2 « 3: 0–</p> <p>[sayáya] 2: 10– « 3: 0–</p> <p>[péya] 2: 10–3: 0 « 2: 10–11 « 3: 0–</p> <p>[yeyé] 2: 11–3: 0 « 3: 0–</p>
IV	 <p>r r̄ r + cons. k..r x</p>	X	<p>(32) perro espejo</p> <p>(33) carta rata</p> <p>(34)</p> <p>(35) señora</p> <p>(36)</p> <p>(37)</p>	<p>mojado</p> <p>amarrado</p> <p>se enoja</p> <p>roto</p> <p>corto</p> <p>me mojó lo mordió</p>		<p>[péxo] 2: 8– « 2: 11–3: 0</p> <p>[xáta] 2: 11– « 3: 0–</p> <p>[maxáxo] 2: 9–3: 0 « 2: 11–</p> <p>[senóxa] 2: 11– « 2: 11–</p> <p>[xóto] 2: 9– « 2: 10– « 3: 0–</p> <p>[e moxó] 3: 2 « 3: 2</p>
V	<p>s</p>  <p>č</p>	s	<p>(38) leche «S»</p>	ese		<p>[ése] 2: 7– « 2: 8– « 3: 0–</p>

		st	(39)	esto(a)	echo(a)	[ésto] [ésta] 2: 10- « « 2: 10-
VI	Reducción de grupos:					
	e	(40) cielo suelo			[séyo] 2: 11- « 2: 11-	
	o	(41) calzón canción			[kasón] 3: 0- « 3: 0-	
	s	(42) llse		hice	[ise] 2: 9- « 2: 10-	
	p	(43) sopa (44) pastel		¡sopla!	[sópa] 2: 7- « 3: 0-	
		(45)		presté	[pesté] 2: 8-3: 1 « 3: 0	
				puede (se) prende ¡prende!	[péye] 2: 10- « 2: 11- « 2: 10-	
	t	(46) tren		¡ten!	[ten] 1: 10- « 1: 11-	
	e	(47)		lleva llueva	[béba] 2: 11-3: 0 « 3: 0-	

VII Varios	ae al	ai	(48)	cae	¿cuál?	[kai] 2: 2– « 2: 11–
	mi ñ		ml	Damiana	mañana	[mlamlána] 2: 7– « 2: 10–
	č > s + metátesis ie > e, rt > t			(50) techo	cierto	
	aféresis		(51) gelatina tina			[tína] 2: 7–2: 10 « 2: 8–
	r > x; asimilación, aféresis		(52) conejo jardinero			[nenéxo] 2: 10– « 2: 10–

En el esquema precedente sólo se ha querido ejemplificar cada grupo, sin pretender agotar los casos. Se verá que en varias homonimias registradas en los seis primeros grupos intervienen otros hechos (como la asimilación) además del especificado. La clasificación de las palabras modelo en categorías gramaticales – ya diferenciadas por Claudio en el período en que surgen esas homonimias-- tiene por objeto esclarecer en parte el problema de las posibles ambigüedades de que hablaré después.

Hay que añadir los casos de homonimia debidos a un fenómeno morfológico: la omisión (sistemática en 2: 11–3: 0) de los prefijos, que hace coincidir las formas prefijadas con las no prefijadas: *desamarrar* y *despintar* con *amarrar* y *pintar*, *encerrar* con *cerrar*, *recoger* con *coger*, y también (por *tr > t*) *encontrar* con *contar*.

3.42 Como es obvio, estos últimos casos constituyen una fuente constante de ambigüedad y confusión; otro tanto ocurre con las parejas homonímicas de sustantivos, adjetivos o verbos que pueden presentarse en el mismo contexto y, sobre todo, en la misma situación (principalmente los ejemplos 25, 29, 34, 36). De hecho, estos homónimos peligrosos suelen tener corta vida: un mes dura el núm. 25; poco más, el 34 y los casos de prefijación. En general, la homonimia infantil – como la adulta– se presta menos a confusiones de lo que suele creerse. Por una parte, la situación es casi siempre clara: a esta edad el niño habla en general de cosas que tiene a la vista o en su contorno inmediato: de la *taza*, el *barco* o el *conejo* con que juega –nadie pensará que habla de una *casa*, de un *cuarto* o del *jardinero*–, del *calzón* que se está poniendo –inconfundible con una *canción*–, de ‘*pelar esa fruta*’ o ‘*pegar esa estampa*’.

Por otra parte, la tendencia a emplear construcciones fijas suele crear en ciertos casos contextos que actúan de diferenciadores: *paso* (núm. 21) aparece las más veces en «No (sí) hay paso»; *salada* (29) se asocia con *galleta*; *regar* (31) con *plantas* o *jardín*; *puede* (46) aparece casi siempre como auxiliar.

En los homónimos que pertenecen a distintas categorías gramaticales o que son verbos en distinto modo o tiempo, la ambigüedad es rara; se da casi únicamente cuando la palabra aparece suelta o en determinados contextos: [kéyo ése], por ejemplo, puede ser ‘quiero ése’ o ‘quiero leche’.

En todo caso, la eliminación de los homónimos parece producirse, más que por un intento deliberado de evitar ambigüedades, por el proceso natural de la evolución lingüística, que va sustituyendo un sistema fonológico por otro diferente.

Pero ya veremos cómo los cambios de forma suelen llevar, a su vez, a la aparición de nuevas homonimias.

3.5 Homonimia por atracción

3.51 Si las homonimias estudiadas hasta ahora entrañan sólo procesos fonéticos y fonológicos, en el segundo tipo estos procesos se combinan con fenómenos léxicos. El centro es aquí la *palabra*, como unidad física (fonética); la atracción parte de una o más palabras y actúa sobre otras palabras de contextura fonética análoga (desde el punto de vista del niño). Las que constituyen el *núcleo* de atracción son casi siempre palabras infantiles (pertenecientes al repertorio léxico del niño); las atraídas pueden ser palabras previamente integradas en el vocabulario del niño o bien voces del habla adulta que él asimila en ese momento, a menudo gracias a la atracción misma.¹⁸

3.52 He aquí dos ejemplos, que darían idea del proceso:

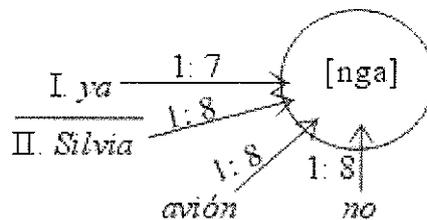
(Ej. 53) [xúka] 'azúcar' pasa a [xúta] por influencia de [xúta] 'fruta' (2: 8)

(Ej. 54) *toalla* pasa de [áya] a [éya, éǎa] por la atracción de [éya, éǎa] 'silla'.

Estos dos casos son bastante simples. En general, la homonimia por atracción se manifiesta en forma más compleja, porque son varias las palabras que intervienen y en distintos momentos, porque a menudo surgen, no una, sino varias homonimias sucesivas y porque puede haber toda una red de interacciones. Pero, yendo por partes, cabe distinguir dos procesos fundamentales:

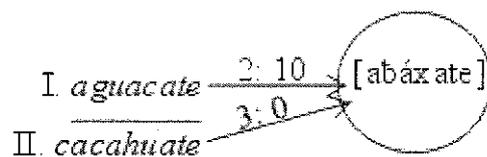
A. La aparición de una palabra infantil provoca la asimilación de otra u otras bajo idéntica forma:

(Ej. 55) De la primera fase de Claudio: *ya!* 'se acabó' surge en 1: 7 como [ŋgá]; en 1: 8 el niño aprovecha esta forma, todavía en uso, para dar expresión a *Silvia* y a *avión*, ambas con diptongo análogo a *ya*, y también a *no* (quizá por asociación fonética con la sílaba tónica de *avión*). Es decir:



Un ejemplo más sencillo y obvio (por la equivalencia acústica de velares y bilabiales), de la cuarta etapa:

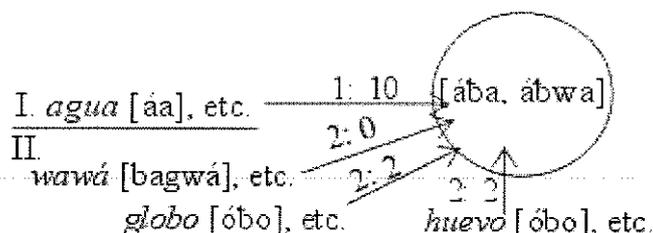
(Ej. 56)



B. Una palabra infantil actúa sobre otra y otras ya antes asimiladas, haciéndolas cambiar, transitoriamente, de configuración:

(Ej. 57) *agua*, que surge en 1: 6 como [áa] y pasa después por varias fases, se «establece» desde 1: 10 como [ába] o [ábwa]. En 2: 0 atrae a *wawá* 'perro', que existe también desde 1: 6, en una variedad de formas, todas con una consonante inicial y terminadas en *á*. La

atracción, momentánea, es tan fuerte, que la consonante inicial desaparece y el acento se traslada a la primera sílaba: durante más de un mes *wawá* es [ábwa]. En 2: 2 entran al círculo otras dos palabras, que ya han sido antes homónimas:



Alguna vez puede ocurrir que la palabra que atrae y hace cambiar a otras sea nueva:

(Ej. 58) *baño*, que aparece en 2: 6 como [mláno], en 2: 8 atrae a su órbita a *mano*, que existía desde 1: 10, bajo las formas [mámə, mamná, mamá, mlamlá], etc. (cf. ej. 64 y § 1.3). Ambas son homónimas durante cuatro meses.

3.53 Estos dos tipos básicos se entrecruzan y complican de diversas maneras. Los materiales estudiados permiten establecer las siguientes modalidades:

a) La forma adoptada por una palabra (en su primera aparición o en una de sus fases evolutivas) influye simultáneamente en palabras viejas y en palabras nuevas:

(Ej. 59) El imperativo *¡cierra!* surge en 2: 10 bajo la forma –fonéticamente esperable– [séya]. Contagia 1) al verbo *dejar*, ya existente (infin. [kéka] 2: 9): [séya], [séya(me)] ‘deja, ¡déja(me)’ (3: 0), y 2) al nuevo verbo *jugar*: [séya] ‘juega, ¡juega!’ , [seyá] ‘jugar’ (lo normal habría sido en esta etapa [xéya], [xuyá]).

b) El núcleo está constituido, no por una palabra, sino por dos o más, cuya forma coincide por mera convergencia fonética:

(Ej. 60) *pañal*, *uña* y *luna*, después de pasar cada una por varias etapas, convergen en 2: 2 en la forma [mlá], forma que atrae entonces a *almohada* (antes [méme]) y a *mano* (cf. §1.3).

c) Una palabra no sólo actúa sobre otras, sino que a su vez es influida por ellas, en una red más o menos compleja de interacciones:

(Ej. 61) Un caso curioso es el de los nombre que Claudio da entre 1: 10 y 2: 10 a su hermano *Gerardo* y a la perra *Nora*: en 1: 7 el primero había evolucionado a [lálo] y el segundo a [lala] (con acento indiferente). En 1: 10 se inician las interacciones: Gerardo se llama [lala], además de [lálo] y de la nueva forma [lállo]. Ésta contagia en 1: 11 al nombre de la perra, que añade a su repertorio de formas la de [lállda] y también, en 2: 0, la de [lálo]. En 2: 0 Gerardo se hace a su vez [lállda], que primero convive con las otras formas y luego, eliminadas éstas, queda como única designación para Gerardo y Nora, durante nada menos que siete meses. (En 2: 9 aparecen [xelálo, xeláldo, xeldáldo]). Lo que ha ocurrido es, pues, lo siguiente:

1. Nora → Gerardo; 2. Gerardo → Nora; 3. Nora → Gerardo. Cito otro ejemplo revelador, en que entran tres palabras, de distintos campos semánticos y gramaticales:

(Ej. 52) En 2: 10 Claudio experimenta interminablemente con la palabra *grande*, el día 9 ensaya [xánne]. En ese mismo día se esfuerza por bautizar a una *Carmen*, entre [ánen, áten, xáten, xánen] se decide por la última forma, que ya tiene para él algo de familiar. Entre el 15 y el 16 trata de decir *carne* y da con [káxen, kánen, xánen], cuya -n final sólo se explica por influencia de *Carmen*. Se impone [xánen], que ya cargada del prestigio de su doble uso --'Carmen', 'carne'--se convierte en forma única para *grande* desde el día 17. Es decir:

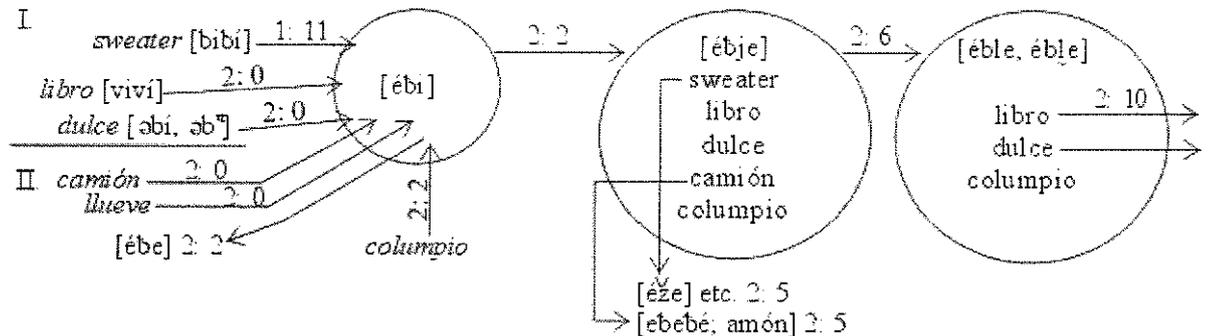
grande → *Carmen* → *carne*; *Carmen*–*carne* → *grande*

d) Las palabras interesadas pasan por una serie de homonimias sucesivas.

Ya hemos visto en el ejemplo 61 cómo las mutuas interacciones causan una cadena de tres homonimias:

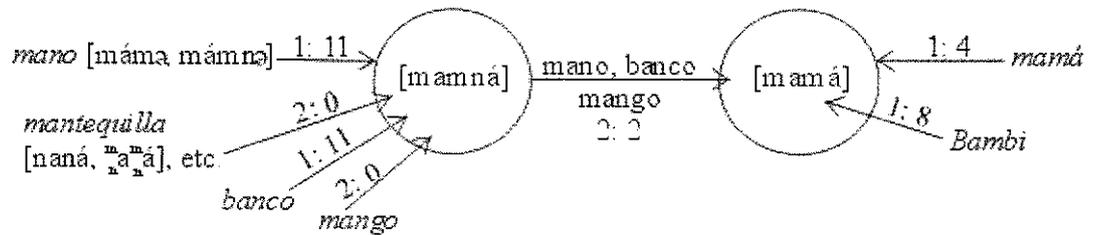
1. [lala]–2. [lálo]–3. [lálda]. Pero no es necesario el cruce para que surja una cadena así; ella puede ser consecuencia del desarrollo paralelo de las diversas palabras implicadas en la homonimia:

(Ej. 63) En 1:11 *sweater* se convierte en [ébi]; un mes después ha atraído a dos palabras infantiles, [vivi] 'libro' y [əbí, əbú] 'dulce', 'caramelo', y a dos palabras nuevas, *camión* y *llueve*, a las que se suma un poco más tarde *columpio*. Cinco de estas seis palabras evolucionan en 2: 2 a [ébje], y tres de ellas pasan después a [éble, ébje]. He aquí el proceso en toda su complejidad:



e) Mismo proceso descrito en d, pero con intervención de otra palabra, que crea un nuevo centro de atracción:

(Ej. 64; cf. 58, 60 y §1.3)



3.54 Lo que se ve en todos los ejemplos anteriores es que el niño, lejos de huir de la homonimia, parece provocarla. El hecho es particularmente notable en las tres primeras etapas de la evolución, o sea antes de 2: 9 (ejemplos 53-55, 57, 58, 60, 61, 63, 64). Pero se produce también después (ejemplos 56, 59, 62). La vida de estas homonimias es bastante prolongada, a pesar de las frecuentes ambigüedades (cf. 3.56). Recuérdese que *Gerardo* y *Nora*, dos nombres usados a menudo y en situaciones análogas, son homónimos durante todo un año (ej. 61). En los conjuntos múltiples siempre hay algunas palabras que abandonan el campo antes que las demás: en el ej. 63 *llueve* deserta en la primera etapa, *sweater* y *camión* en la segunda; de las tres palabras que subsisten en la tercera etapa dos cambian de forma después de cuatro meses, y sólo una (*columpio*) se mantiene, como poseedora única de la forma, durante un mes más. Curiosamente, *columpio* es la palabra que entró al último en ese conjunto. Lo mismo ocurre en otros casos, como en la familia que surge a base de la palabra infantil para *Silvia* (hermana de Claudio):

(Ej. 65) De los cinco miembros que, desde 1: 11 integran la familia de [áb]ja, [á]bja] y formas análogas, y que son: 1) *Silvia*, 2) *azúcar*, 3) *árbol*, 4) *uva*, 5) *basura*, 3 y 4 desaparecen en 2: 0 y 2: 2 sin dejar huella; 2 pasa a [xúka] en 2: 6 (cf. ej. 53), 1 a [φiǃ]ja] etc. en 2: 8, y la última, *basura*, queda hasta 3: 0 dueña del campo.

3.55 Nótese que en este último caso se trata de una homonimia polimorfa: las cinco palabras fluctúan todo el tiempo entre multitud de realizaciones: [á: ǃ]ja, [á:]bja; [á:]bja, [é:]bja, [é:]bja, [é:]bja], etc. Por otra parte, la homonimia suele ser precisamente una salvaguarda contra el polimorfismo fonético. Es lo que vemos muy claramente en *grande-Carmen-carne* (ej. 62): la confluencia de las tres palabras afianza la forma [xá:nen] y elimina todas las demás formas simultáneas.

3.56 Echemos, por último, una ojeada a los aspectos gramaticales y semánticos de la homonimia por atracción. Se notará que la gran mayoría de las palabras afectadas por ellas son sustantivos. Esto se debe a que en las tres primeras etapas —en las cuales se concentran la mayoría de los casos— dominan con mucho los sustantivos en el repertorio activo de Claudio. Los adjetivos y adverbios empiezan a aparecer en 2: 2, pero son muy pocos y entran rara vez en las homonimias (*grande*, en el ej. 62, es una excepción). Los verbos, con valor de tales, se presentan sólo a partir de 2: 8, o sea en el penúltimo mes de la tercera etapa; el ej. 59 (de 2: 10) es, de los casos recogidos, el único que implica verbos (*llueve*, en el 63, no tiene carácter verbal en ese momento).

Por esta concentración de sustantivos, la homonimia por atracción se presta mucho más a la ambigüedad que el otro tipo, en el cual hay ya mayor diferenciación gramatical. Otro factor que propicia la ambigüedad en el tipo 2, es la ausencia de sintaxis y por tanto de contexto en las primeras etapas del

aprendizaje; las palabras se presentan sueltas, y sólo la situación permite identificar el sentido de una forma polisémica. Y aun hay un tercer elemento favorecedor de equívocos: la pertenencia de varias parejas homónimas a un mismo campo semántico: en los ejs. 53, 56 y 64 entran dos designaciones de alimentos; en el 61 dos nombres propios. Otros casos, no citados arriba, incluyen: 1) *Carlis* y *Alice* [ális], 2) *caballo*, *vaca* y *pato*, junto a *cuchara*, *botella* y *tapa*, 3) *medicina* y *gasolina*. Aquí la confusión no sólo es posible, sino que de hecho ha tenido lugar muchas veces.

Por otra parte, no hay que exagerar el papel de tales afinidades semánticas, que, viéndolo bien, no son tan frecuentes. Basta examinar los ejemplos para constatar la variedad de sentidos que suelen tener los homónimos. Y cabe mencionar otros casos: *ojo-reloj*; *reloj*-(letra) «O»; *Maura-ahora*; *garganta-ventana*; *banqueta* 'acera' -*manguera-ventana*; *Soco* (Socorro) -*foco*; *chango* 'mono' -*gancho*; *Josefina-gasolina*; *manga-hamaca*; *pasta-pasa* (sust. y verbo). Todos estos ejemplos muestran a las claras que lo que cuenta en la homonimia por atracción es el parecido fonético, no el sentido; es, pues, lo mismo que ocurre en la homonimia infantil por convergencia fonética, y por tanto en la homonimia adulta.

Si podemos hablar de polisemia y homonimia en el lenguaje infantil es porque estos fenómenos, que conocemos por el lenguaje adulto, se producen también en el del niño. Pero debemos darnos cuenta de que se producen, no por adopción, sino de manera espontánea e independiente y por motivos distintos. Cada niño se crea sus polisemias y sus homonimias, interpretando y usando de modo personalísimo la forma y el contenido de su modelo. Esas excentricidades

lingüísticas se deben en parte a las dificultades mismas del aprendizaje, pero a menudo revelan, sin duda, algo más que eso: la presencia de una individualidad creadora, que, dando la espalda al mundo, se forja, siquiera por un instante, sus propios medios de expresión.

Bibliografía citada

- COHEN, Marcel, 1955. "Sur les langages successifs de l'enfant". En sus *Cinquante années de recherches*. París: Klincksieck.
- ULLMAN, Stephen, 1965. *Semántica. Introducción a la ciencia del significado*. Madrid: Aguilar.

¹ Escrito como ponencia para un curso de lexicología de Bernard Pottier en El Colegio de México (1965), este texto se publicó en *Litterae hispanae et lusitanae*, comp. Hans Flasche. München: Max Hueber, 1968, 153-171. El trabajo tuvo que hacerse con un desconocimiento casi absoluto de la abundante literatura sobre el lenguaje infantil. Sin embargo, el peligro de descubrir mediterráneos quedó quizá atenuado por el hecho de haber sido pocos, hasta ese momento, los estudios relativos a tales aspectos semánticos de la palabra infantil y menos, en aquel entonces, los dedicados al habla de niños hispanohablantes.

² La edad se indicará en adelante de esta manera: 3: 2 = tres años, dos meses. El mes señalado abarca siempre los días 1 a 30 (o 31), o sea que 2: 1, por ejemplo, significa todo el mes de agosto de 1964. --Para simplificar, hablaré de «palabra infantil» / «palabra adulta» (o «modelo»).

³ En 3: 2 se inicia una nueva etapa. La mayoría de los datos utilizados proceden del repertorio anotado hasta 3: 0, y sólo ocasionalmente se franquea esa frontera.

⁴ *Llanta* es en México la designación para 'neumático'. -- Para la transcripción fonética de las palabras empleo los signos usuales en las investigaciones lingüísticas en español. Cuando no es pertinente la forma en que Claudio dice las palabras, sino sólo sus significados, empleo las palabras adultas.

⁵ A partir del momento en que Claudio practica activamente la conjugación (2: 11), esta sinonimia le complica mucho las cosas: [e néne ya bábe esto; ya «pábo esto] 'ya sé esto'. A ello se debe probablemente la gradual desaparición de [néne], confinado en 3: 2 a ciertas frases fijas, como «no díse e néne» (cuando no puede pronunciar una palabra).

⁶ Aun así, hay casos dudosos: *abajo* pasa de [ax] a [abáxo], y ambas formas conviven durante dos meses: ¿polimorfismo fonético o sinonimia?

⁷ Cf. Ullman, 1965, 204: «Es difícil decidir en los casos particulares dónde termina la polisemia y dónde empieza la homonimia». La primera puede dar lugar a la segunda cuando deja de percibirse la relación existente entre los diversos significados de una palabra, y a su vez la reinterpretación de dos homónimos puede originar una nueva polisemia.

⁸ También en la polisemia hay separación entre los diversos sentidos, pero no una separación tajante, puesto que el niño percibe evidentemente un parentesco entre los conceptos. Cf. lo que dice Cohen, 1955, 102: «L'enfant a acquis certains mots qui s'accrochent d'abord à sa mémoire... et qui s'inscrivent, à cause d'une facilité de prononciation, dans ses habitudes articulatoires; faute de termes propres pour beaucoup d'objets, le noms acquis s'appliquent par contiguïté (association d'idées) à des objets voisins, que l'enfant distingue cependant... Le système momentanément établi est utilisé aux limites extrêmes de ses possibilités. Son existence même tend à retarder l'acquisition de nouveaux mots» (la cursiva es mía).

⁹ He aquí otros ejemplos de lo mismo: El hecho de que un día yo me lo sentara en las rodillas y le contara «un plan» (lo que íbamos a hacer ese día) bastó para que *un plan* se aplicara a toda cosa

que yo le contaba de una manera íntima (más tarde, por un cruce entre *contar* y *cantarse* se extendió incluso a 'canción').-- No sé qué sentido pudo haber tenido para él nuestra frase *aquí vive...* Él la refería 1) al lugar donde estaba normalmente una cosa («aquí vive la fruta» decía al pasar por un mercado), 2) a un lugar transitoriamente asociado con algo o con alguien (su hermana «vive» en la academia de gimnasia).-- Otro tanto ocurre con los casos de aparente ampliación semántica debidos a la indiferenciación de las nociones de tiempo, número, etc.: *ayer, hoy, mañana, antes* aplicados indiferentemente al pasado, al presente o al futuro; el empleo de *cena* para 'cena' y 'desayuno', el de *dos* o *tres* para cualquier número mayor a uno, etc.: puesto que no hay diferenciación semántica (cf. nota 8), no hay polisemia.

¹⁰ *Ate* es en México 'pasta de fruta' (es el sufijo de *membrillate, guayabate*, etc., convertido en palabra autónoma).

¹¹ En todos los ejemplos de polisemia omito, por no venir al caso, las formas que adoptan las palabras infantiles.

¹² En el siguiente dibujo se encontrarán ilustrados los tipos; podrá verse además, en cada caso, el proceso de ampliación polisémica.

¹³ *chancla* = 'chancla, pantufla'.

¹⁴ Numero los ejemplos para facilitar después las referencias. Cuando la fecha va seguida de un guión quiere decir que la forma o el sentido perduraba hasta el momento en que se escribió este trabajo. Para simplificar he prescindido de dar la fecha exacta (el día), aunque en algunos casos podría ser importante (v. ejemplo 62).

¹⁵ El *taco* mexicano es una *tortilla* (especie de pan hecho de masa de maíz, en forma de crepa) enrollada y a veces rellena de queso, carne, etc., o simplemente untada de sal.

¹⁶ Cf. las «fuentes» de la polisemia señaladas por Ullman, 1965: 180-189.

¹⁷ En el siguiente esquema, las palabras infantiles del último cuadro se corresponden cada una con la palabra adulta que figura a la misma altura en los cuadros anteriores.

¹⁸ En el habla infantil la atracción sobrepasa los límites de la homonimia. Así, es probable que la forma que Claudio da a *dulce* [búste], se deba a una asociación muy explicable con [e busta] 'me gusta', expresión aprendida pocos días antes de la otra (2: 10). *Cabeza* surge en 2: 9 como [bexésa]; un mes después aparece *calabaza*, con la misma secuencia de consonantes: [baxása]; al poco tiempo, *cabeza* actúa sobre *parece*, cuya primera forma es [bexése] (2: 11) y que luego acompaña a *cabeza* en su evolución: [kabésa] > [kabése] 'parece', para volver en seguida a su primera forma.